

¿CÓMO INVESTIGAR EN LA UNIVERSIDAD DESDE LAS DIMENSIONES FE-RAZÓN?

Manuel Carreira Vérez^a

Fechas de recepción y aceptación: 27 de julio de 2015 y 22 de septiembre de 2015

Resumen: Lo propio del ser humano como ser racional es la apertura a toda verdad. La fe exige pruebas, y de no hacerlo sería irracional; por eso, el concepto de fe cristiana en el catolicismo está basado en la racionalidad, porque acepta el mensaje de alguien que demostró con sus milagros que era enviado de Dios, el Hijo de Dios. Y todo esto se conoce por el testimonio histórico de quienes convivieron con Cristo y vieron su actividad. La base razonable de la fe es de orden histórico, filosófico y teológico. La ciencia acepta el proceder normal de la materia comprobable con experimentos, pero ningún experimento puede predecir una acción libre mía, ni tampoco las acciones libres de Dios. Trata solamente de cómo actúa la materia en una forma comprobable experimentalmente, y no puede decir nada sobre la teología y la filosofía.

Palabras clave: conocimiento, racionalidad, razón, teología.

Abstract: Openness to all truth is something proper to the human being as a rational creature. Faith demands proof, anything else would be irrational: that is why the concept of Christian faith in Catholicism is based on rationality, because it accepts the message of someone who proved with his miracles that he was sent by God, the Son of God. All of this is known through the historical testimony of those who lived with Christ and

^a ICAI ICADE-Facultad de Teología. Universidad Pontificia de Comillas.

Correspondencia: Universidad Pontificia de Comillas. ICAI ICADE-Facultad Teología. Calle Alberto Aguilera, 23. 28015 Madrid. España.

E-mail: ecarreira@res.upcomillas.es



saw what he did. The reasonable basis of faith is a historical, philosophical and theological matter. Science accepts the normal procedures of matter as something verifiable with experiments, but no experiment can predict a single free action of mine, nor the free actions of God. It only deals with how matter acts in an experimentally verifiable way, and has nothing to say about theology and philosophy.

Keywords: knowledge, rationality, reason, theology.

Hace muy pocos años, en un curso de verano que hubo en Tenerife, patrocinado por la Universidad de la Laguna y la diócesis de Tenerife, tuve que confrontarme con un profesor de filosofía que decía que el Papa había admitido que fe y razón son incompatibles. Yo le contesté si había leído la encíclica *Fe y Razón*, en la que el Papa expresa lo contrario. Hasta ese punto puede llegar la ignorancia, de la que en parte a veces tenemos la culpa por no hablar con toda la propiedad adecuada en los conceptos básicos. A continuación les voy a mostrar cómo la racionalidad es propia de la fe.

Primero, el concepto y la palabra *fe* tiene tres significados que no se distinguen frecuentemente; incluso en el Catecismo de la Iglesia católica no está claramente distinguido cada significado.

Se dice de una manera casi automática y muy piadosa que la fe es don de Dios; este es uno de los significados, pero hay otros previos: es, primariamente, conocimiento recibido de otros. El ser humano conoce la realidad de tres maneras: la primera es por la propia experiencia, la segunda, por el propio raciocinio, la tercera, por transmisión cultural. La experiencia propia me da poquísimo conocimiento fuera de lo que es el ambiente más elemental de la vida diaria, y un científico, con sus propios experimentos, puede ser que avance un poquito en conocimiento, en un punto muy concreto de cómo actúa la materia, pero nada más. El propio raciocinio rarísima vez me lleva a una idea totalmente nueva. Se le preguntó a Einstein cómo trabajaba, respondió: “yo salgo a dar un paseo”, y le preguntó el entrevistador: “¿y usted lleva un bloc de notas y cuando tiene una nueva idea la escribe, verdad?”, y contestó: “no, no, no escribo una nueva idea, una idea nueva es una cosa rarísima”.

La transmisión cultural es la única forma por la cual podemos beneficiarnos de todo, y esta fe, que es conocimiento recibido de otros, es fuente de certeza, aun en contra de mi experiencia y en contra de mi deseo de entender. Porque mi experiencia me dice que esto es sólido, y yo creo a la física, y creo en la teoría atómica. Cito al premio Nobel Richard Feynman, que contribuyó a la mecánica cuántica y que tiene una frase verdaderamente lapidaria: “puedo afirmar, sin miedo a que me corrijan, que no hay nadie en el mundo que entienda la mecánica cuántica, pero sé que es correcta porque está comprobada experimentalmente”. De modo que la fe humana es fuente de certeza que



va en contra de mi propia experiencia y que no entiendo, y es la única manera de poder conocer el pasado, porque el pasado no existe si no puede ser comprobado directamente.

Entonces todo lo que es historia lo sé solamente por fe humana, y esta se puede adquirir con respecto al hecho histórico de la existencia, la predicación, los milagros y Cristo, y eso lo tengo que hacer con mi esfuerzo. Dios no vendrá a dármele por ciencia infusa, no es regalo de Dios en el sentido de que no tenga que esforzarme, sino que tengo que hacer yo el esfuerzo, y quien no hace el esfuerzo, no tiene derecho a quejarse de que Dios no le ha dado la fe.

El segundo significado de la palabra *fe* es también algo que se olvida frecuentemente; se usa en la vida diaria cuando uno dice: “yo tengo unos dolores de espalda que me molestan mucho, pero tengo mucha fe en un médico que sé que ha ayudado a mucha gente”: ¡va usted a aprender mucha anatomía de él! Voy a poner mi vida en lo que él me diga, eso es un acto de mi voluntad libre y, por eso, cuando yo hago ese acto con respecto a la enseñanza de Cristo, sé que voy a poner mi vida de acuerdo con su enseñanza: entonces es un acto mérito mío, un acto libre.

Entonces tengo la posibilidad del tercer significado de la palabra *fe*, que es virtud teologal, una potencia activa que no aumenta mi conocimiento, ni me da mérito, pero que se me da como una especie de injerto de divinidad al recibir el bautismo, y eso sí que es regalo de Dios y solo regalo, porque solo Él puede dar una participación en su naturaleza divina, pero presuponiendo los otros dos pasos anteriores. De modo que tenemos que tener muy claro que la fe es un acto racional desde el primer momento, y un acto libre; solo entonces se tiene la totalidad de su significado cuando ya se recibe el sacramento del bautismo.

Por tanto, para que mi conocimiento, que lleva al acto libre de aceptar la enseñanza de Cristo, sea racional, necesito tener pruebas de la fe, y esto es algo que también se olvida frecuentemente. En la actualidad encontramos teólogos y profesores de seminarios que consideran que si hay una prueba no hay fe. Eso no es verdad, ya que la prueba es que Cristo habla con autoridad divina, y esa prueba fueron sus milagros, y por eso debo y tengo que buscar, debo tener la certeza de que esos milagros se dieron, y eso solo lo puedo saber por testimonio histórico de quienes vivieron con él, le escucharon y observaron lo que hacía.

De este modo, la fe exige pruebas, y de no exigir las sería irracional. El creer algo sin razones suficientes para ello es irracional. En cambio, creer lo que da testimonio de un plan de Dios sobre mí, por alguien que tiene las credenciales de ser el enviado auténtico de Dios, eso es ser racional, y sería irracional el no aceptarlo. Y por eso el concepto de fe cristiana en el catolicismo está basado en la racionalidad, mientras que el concepto de fe en el protestantismo es triplemente irracional.



Irracional porque dice que la fe es un sentimiento, el sentimiento yo no puedo controlarlo, no soy su responsable; la fe, para el protestantismo, se basa solo en un libro, la Biblia, pero no se da una razón de por qué debo creer a ese libro. En el libro *Roma, dulce hogar*, un teólogo protestante, ante el problema de entender el sexto capítulo de San Juan acerca de la Eucaristía, se encuentra finalmente ante la idea de que únicamente en la Iglesia católica se encuentra una base razonable para la fe.

Por tanto, necesitamos la racionalidad desde el principio hasta el fin, y la fe católica es racional porque acepta el mensaje de alguien que demostró con sus milagros que era enviado de Dios, el Hijo de Dios. Y todo esto se conoce por el testimonio histórico de quienes convivieron con Cristo y vieron su actividad.

A este respecto se menciona muchas veces la incompatibilidad entre el aceptar milagros y la certeza científica. Stephen Hawking lo saca a relucir inmediatamente en el primer capítulo de su nuevo libro, *¿Por qué es incompatible aceptar un milagro y ser científico?*; según ellos la ciencia tiene que ser capaz de predecir con certeza lo que ha de ocurrir, y con el milagro, ¿quién puede predecir con certeza si dentro de cinco segundos esto está en mi mano o lo habré puesto en la mesa? ¿Se viene, entonces, la ciencia abajo porque no puede predecir mis acciones libres? No. Entonces, ¿por qué se va a venir abajo por no predecir las acciones libres de Dios? Totalmente absurdo el argüir de esa manera.

La ciencia acepta el proceder normal de la materia comprobable con experimentos y eso es el campo de la ciencia, pero no afecta a mis acciones libres; ningún experimento puede predecir una acción libre mía, y tampoco es de suponer que vaya a predecir las acciones libres de Dios.

A este respecto un profesor de filosofía que también participó en aquel curso de verano en Tenerife, objetó: “Ustedes enseguida dicen: Dios creó el universo; pero una de dos, o lo creó por necesidad o por azar, y a ustedes no les gusta ninguna de las dos respuestas”. Y yo le dije: “Y dígame, ¿usted por qué está aquí esta noche, por necesidad o por azar? Usted está aquí por una elección libre, por lo que si usted puede actuar así, también puede el creador”.

Tenemos que establecer la base razonable de la fe, y esta va a ser de orden histórico, filosófico y teológico; si aceptamos que Cristo demostró ser el enviado de Dios, hay que tomar en serio sus enseñanzas. Como se nos presenta el mensaje de Cristo como el único y nos dice cuál es el plan de Dios para nosotros a lo largo de los siglos, entonces es lógico pensar que Dios tiene que haber encontrado una manera de garantizar que su enseñanza no se va a alterar a lo largo del tiempo, y por eso tiene que haber una Iglesia infalible, si no nuestra fe no sería racional. Si nuestra fe se basase solo en una transmisión meramente humana a lo largo de veinte siglos, es muy de temer que no tuviésemos certeza alguna en mantenerla en su pureza original, por eso Cristo tuvo que instituir una Iglesia que con la garantía infalible del Espíritu Santo, le permitiese decir a los apóstoles:



“el que a vosotros oye, a mí me oye, el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia”; así tenemos certeza en todo lo que es enseñanza de Cristo con respecto al plan de Dios sobre nosotros.

¿Se puede oponer la ciencia a todo esto? No puede, porque la ciencia trata solamente de cómo actúa la materia en una forma comprobable experimentalmente, y no puede decir nada sobre teología y filosofía. Es tan erróneo pedir a la ciencia que demuestre si Dios existe o no, como pedir a la Biblia que me diga si el universo comenzó caliente o frío.

La Biblia, como decía San Agustín, y se repitió luego en tiempos de Galileo, no nos dice cómo van los cielos sino cómo se va al cielo. Y la ciencia me dice cómo actúa la materia, pero ni siquiera puede decirme por qué existe la materia, ni si el universo tiene sentido o no lo tiene. La ciencia tampoco puede explicar la realidad humana, no puede explicar la inteligencia, ni puede explicar la libertad humana. De modo que las preguntas más importantes desde el punto de vista de cualquier ser racional quedan fuera del ámbito científico, quedan en el ámbito de la metafísica que va más allá de la física y, finalmente, de la teología. Para terminar cito al premio Nobel Steven Weinberg: “cuanto más conocemos el universo, más absurdo parece”. ¿Por qué dirá eso un científico? Porque parece absurdo que haya un universo lleno de innumerables maravillas para luego destruirlas todas y quede al final un vacío oscuro y frío. Como decía otro físico después de un congreso de cosmología, “el universo parece ser una broma de mal gusto”, pero si es absurdo hacer una tontería una vez, es peor repetirla muchas, de modo que tenemos que buscar otras soluciones.

Pienso que la ciencia moderna me ayuda a conocer la filosofía y la teología. Hay una carta del papa Juan Pablo II, al director del observatorio del Vaticano, hablando del Génesis en la que dice, “si la ciencia primitiva de la época en que se escribió el Génesis pudo utilizarse para darnos un mensaje de valor filosófico y teológico, ¿podría la ciencia de hoy darnos ese mismo mensaje en el lenguaje de la ciencia actual?”. Mi respuesta es sí. Y lo he hecho en diversas ocasiones con el título precisamente de *El Génesis en términos de la ciencia moderna*. No puedo entender la materia en términos de la filosofía medieval solamente, por eso me preparé para mis clases de filosofía haciendo el doctorado en física. Y esta física que he aprendido me ha ayudado para ponencias en diversos congresos sobre las implicaciones teológicas de la física moderna con respecto a problemas que son primero el origen y destino del universo, y, segundo, la realidad del cuerpo material en la resurrección. En otra ponencia, un poco más atrevida tal vez, *La Eucaristía con la ayuda de la física moderna*, quienes me escucharon quedaron positivamente impresionados con las contribuciones al concepto de materia que hoy me da la ciencia para entender lo que es el dogma de la resurrección del cuerpo. Y que en la Eucaristía está el cuerpo de Cristo, realmente, el mismo que estaba en la última cena cuando él dijo “esto es mi cuerpo”. De



modo que los conceptos de materia son mucho más ricos y más amplios ahora que en la Edad Media.

Nadie me ha dicho nunca que la ciencia se oponga a la fe. Mi director de tesis era un hombre eminente, descubridor del neutrino, todos los días dejaba el laboratorio y se iba a una misa y hablaba de su fe con toda la sencillez y toda la tranquilidad que uno podría desear del hombre más piadoso y humilde. Hay montones de citas de científicos eminentes y de montones de premios Nobel del siglo XX que dicen que para ellos la creencia en Dios es parte importante de su vida y que la alcanzan precisamente como el final de sus investigaciones científicas.

Se puede pensar que un ateo, a pesar de serlo, lleva una vida ejemplar éticamente y no dudo de que se dé. Otra cosa es que uno le pueda preguntar por qué lo hace, y tal vez la respuesta sea de orden meramente humano, práctico, si no nos portamos bien unos con otros, este mundo sería pues totalmente insoportable.

Siempre insisto en que lo propio del ser humano como ser racional es la apertura a toda verdad, y eso lo vemos de forma muy elemental en los niños, que lo quieren saber todo.

Tras una conferencia que di en la Universidad de Barcelona, en la Facultad de Filosofía, se me acercó una señora joven, y me dijo: “yo estoy comenzando la carrera de filosofía, y tengo un hijo”. El hijo entonces tendría unos nueve o diez años. Añadió: “nos está todo el día atormentando con sus preguntas, ¿y esto qué?, ¿y por qué?, y ¿por qué?, y ¿por qué? Hace unos días llegó un tío suyo y estaba el chiquillo otra vez dándole a sus preguntas y finalmente le dijimos ‘déjalo en paz ya, ya está bien!’, él se cayó un momento y dijo: ‘¿y por qué tengo yo que estar preguntando siempre por qué?’”. Pues porque nacemos con la cabeza en blanco y queremos llenar ese hueco con todo conocimiento.

En un colegio de Madrid realicé una presentación, al final la mitad de los alumnos tenían el brazo levantado para hacer preguntas, y las pocas preguntas que dio tiempo a responder no eran tontería alguna; “¿cómo se hace un planeta tan grande como Júpiter?”, “¿cómo se hace una estrella como el sol?”. A cuestiones de este tipo no se puede responder “porque sí”. La racionalidad exige algo inteligible como la razón y la conexión lógica con aquello que se pregunta. Hoy, por desgracia, se usa mucho un “porque sí” disfrazado, en ciencia sobre todo, cuando dicen que algo ocurre por azar, ¿es el azar una fuerza física?, ¿es el azar algo comprobable en un experimento?, ¿puede usted ponerlo en una ecuación?

Decir que algo ocurre por azar es la admisión de que no hay conexión lógica entre aquellas realidades que quiero considerar como relacionadas, de que no están relacionadas: hay coincidencias de que ocurra algo en tal sitio, en tal momento, pero no hay razón lógica para decir por qué se da esa coincidencia; y entonces digo que ocurre por azar, y es correcto decirlo en ese sentido, pero no explica absolutamente nada. Esto debe tenerse



en cuenta cuando se quiere explicar incluso el universo, como hace Stephen Hawking cuando dice: “¿por qué tiene todas las características adecuadas para que pueda existir la vida y se desarrolle hasta el nivel de vida inteligente?”. Por azar, y por qué por azar. Porque tiene que haber un número infinito de universos, con todas las combinaciones posibles de propiedades, y aunque la inmensa mayoría sean estériles, alguno tendrá las condiciones adecuadas, y naturalmente ese es el nuestro; y entonces las tiene por azar porque en un número infinito tiene que haber todas las posibilidades, y a esto a veces se le contesta arguyendo con lo que se llama la navaja de Ockham: ante dos o más hipótesis, es preferible la más sencilla; ¿qué es más sencillo, que haya un universo bien hecho, o que haya un creador? ¿O que haya un número infinito de universos mal hechos para los cuales tampoco hay razón de que exista para que por lo menos haya uno que está bien? La elección creo que no deja lugar a dudas.

Una serie de convicciones que uno ve deben regir su vida, y entonces su conciencia le dirige para actuar, pensar, hablar, comportarse, según esas convicciones. Si esas convicciones tienen un fundamento lógico, incluso teológico, la conciencia debe seguirse, debe buscarse naturalmente como norma del proceder, pero puede darse una conciencia deformada, y ahí entra en juego naturalmente el entorno, la educación de la persona. Y puede haber aberraciones totales, por ejemplo, en las cárceles de las drogas de Sudamérica, reclutan a niños para hacerlos asesinos y rezan para apuntar bien cuando van a cometer un asesinato, hasta ese punto puede llegar la deformación de la conciencia. Para ellos, el hacer eso no está mal, es lo que les han enseñado esas personas de las cuales se fíaron. La conciencia exige una formación adecuada para ser una norma aceptable de proceder, y eso es lo que tenemos que poner en sentido de la formación y de la educación desde el primer momento, porque si no, puede haber una conciencia totalmente descarriada.

Y siguiendo con el tema de la educación y la formación voy a exponer mi opinión sobre un punto en particular. Cuando hablamos de especialización o especializaciones de los científicos me gustaría apuntar que quien es especialista en algo tiende a hacer avanzar el conocimiento en ese campo más que en uno en el que no ha profundizado tanto. Pero es una limitación, y uno termina fácilmente viendo las cosas desde un punto de vista, y a mí me parece que en la ciencia es muy conveniente darse cuenta de que hay preguntas que van más allá de lo experimentable, y ser conscientes de ello. Podemos caer en una especie de deformación profesional.

Yo querría que todo físico se viese por lo menos en algún momento ante las preguntas que van más allá de la física, para darse cuenta de que no todo se puede explicar con una ecuación ni con un experimento, y naturalmente eso es especialmente verdad cuando se trata del ser humano, del hombre.

Hay libros sobre el problema de la relación mente-cerebro, y prácticamente ninguno de esos libros llega a ninguna conclusión en la que uno pueda decir “avanza mi



conocimiento sobre el tema”. Porque es una cuestión difícilísima, yo tampoco sé resolver el problema, y lo que más bien se hace es describir lo que han dicho diversos autores en lugar de enfrentarse con el problema como tal, lo que ocurre con frecuencia en filosofía.

Recuerdo que cuando comencé a dar mis clases en filosofía, lo primero que decía a mis alumnos era:

habrán ustedes probablemente leído que la filosofía es la rama del conocimiento que no puede distinguirse de su historia; pues yo no acepto eso, la historia de la ciencia no es ciencia, la historia de la filosofía no es filosofía, y la mayor parte de todas las ponencias que yo he escuchado en congresos de filosofía son erudición histórica de lo que dijo fulano de tal sobre esto y lo que dijo el otro, y lo que dijo el otro, eso no hace avanzar el conocimiento para nada.

En una ocasión estaba yo en un congreso en Burgos y había un profesor de filosofía de la facultad de Valladolid que tenía como título de su ponencia *El tiempo*, y yo dije para mí: “este es un tema que me da mucho que hacer a mí, me voy a quedar a escuchar esa ponencia”. Se pasó toda la hora repitiendo toda clase de citas a lo largo de la historia, todas coincidiendo en decir que si uno está aburrido, el tiempo le pasa muy despacio, y si está interesado, le pasa muy deprisa, y cuando terminó, yo no pude menos que decirle: “mire, eso ya lo decía mi abuela”. ¿Qué hay en la realidad que justifique mi percepción de tiempo? Y respondió: “Eso es muy difícil”.

No, eso no vale, tenemos que tener esa apertura mental, ya que aunque seamos especialistas, y debemos serlo en algún campo, debemos darnos cuenta de que hay mucho más que conocer, y que hay mucho más que conocer en el ámbito de la fe y de la razón sin duda alguna.

No podemos esperar que un profesor de universidad mantenga su nivel de conocimiento teológico y de fe como cuando hizo la primera comunión; eso no es adecuado para un ambiente universitario, y muchas veces uno echa de menos esa profundización. Considero que enriquece enormemente la mente humana el abrirse a otras muchas formas de conocimiento, y nadie lo ve como extraño si se trata de otro campo totalmente distinto, a nadie le extraña que un científico sea al mismo tiempo un aficionado a la música y conozca mucho de música y de un compositor concreto. No, eso parece normal, y a nadie le extraña que un científico sepa mucho de literatura, pero le extraña que sepa mucho de teología, o que sepa mucho de filosofía, y yo creo que aún más que el arte y la literatura le ayudará a ampliar su campo de conocimiento el ver las preguntas que van más allá de la física, la metafísica y finalmente también la teología porque, al fin y al cabo, el que la vida humana tenga sentido o no lo tenga no se va a responder con ningún experimento; y esa es la única pregunta que puede satisfacer a alguien a lo largo de su



vida: “¿tiene sentido la vida humana o no?”, lo que se puede buscar y tendrá respuesta en el ámbito filosófico, pero finalmente también en el teológico.

Otra cosa es que no tenga tiempo para saber todo lo que me gustaría saber; claro que no lo tengo, pero deseo conocerlo todo, y eso me parece común, sin duda alguna, a cuantos tenemos una racionalidad básica que es la apertura a la verdad. Como decíamos, esto es lo típico de un niño, se ha dicho que nadie es verdaderamente viejo hasta que ya no tiene deseo de conocer más, entonces es viejo, sea cual sea su edad. Pues esto mismo es lo que estamos diciendo de diversas maneras, y esta apertura en una universidad es, precisamente, lo que permite darle ese nombre. Universidad es universalidad, todo conocer tiene que tener un asiento y un campo de crecimiento en una universidad.

Hoy tenemos una forma de conocer la realidad material que es muy reciente. He dado una conferencia no hace mucho en la Universidad de Castilla-La Mancha con el título *La revolución científica post-renacentista*, en la que hacía notar cómo de una forma muy poco correcta históricamente, se echa en cara también el estancamiento por así decirlo de la ciencia durante la Edad Media por el influjo de la Iglesia, que solo se preocupaba de filosofía y teología. Sé que es una manera muy incorrecta de hablar, primero porque las universidades son invención de la Iglesia, y en esas universidades se reunía todo el saber que en aquel momento existía, pero no existía conocimiento científico como tal. ¿Por qué no? Porque no había una base de datos adecuada ni una manera de manejarlos adecuada para lo que hoy esperamos en el desarrollo científico. Sin una base de datos de comportamiento físico de la materia, no habría ni siquiera el concepto de fuerza; por lo tanto, los movimientos de todos los astros y de todos los cuerpos habría que explicarlos en otros términos que eran básicamente el concepto de dignidad y de lugar natural. En lugar de decir ¿por qué están los astros allá arriba y no se caen? Y contestar “porque van alrededor del sol”, decían: “porque están hechos de una materia muy sublime cuyo lugar propio es el punto más alto, y están en su sitio, y por eso no se caen”. ¿Por qué se cae un objeto que tengo en la mano al suelo? Porque es pesado, su lugar natural es lo más profundo de todo y va hacia el centro de la Tierra. Y se explicaba la estructura del universo en esos términos; la quinta esencia de los astros no necesitaba una fuente de energía, por lo tanto brillaba sin gasto de energía; no se caía porque ya estaba en su lugar natural, y se movía siempre en círculos perfectos porque eso era lo único que correspondía a su dignidad, que exigía la perfección geométrica. Y luego todo lo demás, en orden descendente de dignidad, el fuego, el aire, el agua y, en el fondo, la tierra. La tierra estaba en el centro no porque fuese un lugar de honor, sino porque era el sótano, era el lugar adonde iba lo más bruto, hacia el centro de la Tierra. Y de esa manera no se podía hacer una ciencia porque no se tenían ni los conceptos básicos ni una manera de hacer cálculos; yo lo he dicho ya varias veces en diversos entornos estos días:



traten ustedes de multiplicar dos números aunque sean sencillos como el 23 y el 58 con números romanos y verán qué divertido es.

No se podía hacer un cálculo matemático hasta que se introdujeron los números de la India, que se inventaron en el siglo séptimo, no se podía ni siquiera escribir “4 y 7 son 11”; hubo que esperar hasta el siglo XVI para poder utilizar el cero, que se introdujo en Europa en el siglo XIII y en la India, en el siglo IX. Luego hubo que esperar siglos para introducir el signo igual, el más y el menos. Si ustedes no tienen una manera de hacer cálculos, no pueden hacer ciencia en el sentido normal de la palabra. No era ninguna influencia de la Iglesia la que retrasaba el desarrollo científico, era la falta de una metodología adecuada para cálculos y de instrumentos que pudiesen medir con cierta exactitud, por ejemplo, el tiempo.

Creo que hasta el siglo XVII no hubo un reloj que distinguiese minutos. ¿Y cómo hace usted medidas de velocidad si no tiene un reloj adecuado? Galileo quiso medir la velocidad de la luz contando pulsaciones. No se puede hacer ciencia si no hay una base técnica y al mismo tiempo la posibilidad de manejo de datos numéricos. De modo que no es que la Iglesia se haya opuesto nunca a la ciencia. La ciencia necesitó tiempo para desarrollar toda esa metodología.

La frase “diseño inteligente” me parece que se la apropiaron unos evangélicos protestantes de EE. UU. para indicar la constante necesidad, según ellos, de una nueva intervención de Dios en cada paso evolutivo del universo y de la vida. Eso no es ciencia, ni es buena teología, pero sí “diseño inteligente”, en el sentido lógico de la palabra, cuando se habla de una creación que es obra de un ser infinitamente sabio, que libremente escoge crear un universo; es obvio como una necesidad lógica, todo agente inteligente actúa por un fin, eso es lo que define la actividad inteligente: se conoce el fin deseable, se conocen los medios para obtenerlo, y se ponen esos medios.

En ese sentido, el diseño inteligente es consecuencia necesaria de admitir un creador que crea sabiendo lo que hace, tiene una libertad total de límites temporales y al crear sabe todo lo que ha de hacer, en cada partícula atómica, en el universo, en toda la historia del universo. Pone, pues, las condiciones iniciales adecuadas para que se obtengan sus fines, y el fin más básico, que es lo que menciona el principio antrópico, es que pueda finalmente, al menos en un lugar, desarrollarse la vida hasta el nivel de vida inteligente. Esto, como diseño inteligente, no puede menos que aceptarse si uno acepta al creador, porque decir que el creador crea sin saber para qué es absurdo. Decir que el creador crea porque le entretiene ver estrellas quemándose es un sinsentido; si es un ser inteligente y libre, que son las características que definen a la persona, lo único que puede satisfacerle es el buscar relaciones personales; todo lo que no sea una relación personal es insuficiente, entonces. Dios crea para que exista la vida inteligente, y eso es lo que dice el principio antrópico, que no lo han propuesto filósofos y teólogos, lo han propuesto



físicos. Desde el año 1950 hay una línea continua de físicos y astrónomos que hablan del principio antrópico. Los Barrow y Tipler hablan del principio antrópico cosmológico: ellos ven la necesidad de diseño en el universo, pero con el significado ya distorsionado del diseño inteligente como se presenta en los medios de comunicación, influidos por pequeños grupos protestantes, ultraconservadores, de EE. UU. que exigen que Dios esté constantemente haciendo correcciones o añadiendo cosas para que funcione el universo.

Curiosamente, Newton tenía la idea de que Dios tenía que intervenir de vez en cuando para que no hubiese caos en el sistema planetario; consideraba que los influjos mutuos de los planetas terminarían a largo plazo causando que las órbitas se mezclasen y saltasen unos planetas hacia fuera del sistema; pensaba que Dios, de vez en cuando, ponía las cosas otra vez en su lugar de origen. Eso no es ciencia, como tampoco es buena teología.

Otro tema que me interesa abordar es el de la fragmentación del saber que todos padecemos; sobre todo me preocupa por la formación de los científicos. Yo, como científico y teólogo, considero que no hay una epistemología de base. Pero también es preocupante en sentido contrario, porque ha habido científicos que se han metido en la filosofía y han contribuido a la filosofía. Por ejemplo, la mecánica cuántica, que empezó a repensar la epistemología que se tenía de la ciencia. Pero, en cambio, a los filósofos de formación inicial les ha costado o les cuesta por tener un cierto repelús hacia las matemáticas.

Otro problema en la fragmentación del saber es el de la existencia de colectivos o personas a las que les gusta mucho defender su territorio. Esto hace necesario poseer una formación también básica para poder dialogar.

Por último, en cuanto a qué pueden aportar las creencias, yo creo que no hay específicamente una ciencia cristiana, como no hay una ciencia budista. Considero que independientemente de la creencia que tenga, hay buena ciencia y mala ciencia; uno hace buena ciencia cuando realiza correctamente el experimento, comprueba, lo reproduce, la publicación es aceptada internacionalmente: eso es hacer buena ciencia. Entonces, ¿qué aportan las creencias? Primero, en el ámbito de la ética, si yo estoy comprometido con una persona que es Dios, y creo que Dios es Verdad, pues estoy comprometido con la Verdad. Pero en el método cada disciplina tiene una cierta autonomía; no es auto-suficiente pero sí posee una autonomía importante, por lo que hay que ajustarte a ese método para hacer ciencia.

Por ejemplo, el estudio de la sábana de Turín, un objeto arqueológico que se debe estudiar con la metodología propia de la arqueología; no debe buscarse ni más certeza ni estudiarla con un criterio distinto. Hay quienes han dicho explícitamente, dándoselas de científicos, que por muchas pruebas que haya de su autenticidad nunca la van a aceptar. ¿Por qué? Porque no les encaja, ni siquiera quieren aceptar la historicidad de Cristo, de



modo que se han cerrado y da lo mismo argüir que no argüir. En cambio, cuando tienen ustedes un lienzo en el que coincide todo con lo que dice el evangelio que sufrió Cristo, que tiene toda la exactitud anatómica que asombra a los médicos, a los forenses, que dicen que envolvió un cadáver crucificado al estilo romano, con la flagelación, con la corona de espinas, con la lanzada en el costado, todo perfectamente comprobable desde el punto de vista médico, ¿quién va a ser? Ah, pues cualquiera menos Cristo, esa es la consecuencia.

Comentaba un profesor alemán del Gregoriano, hablando de milagros, que el gran filósofo Jung mencionaba el milagro del cojo de Calanda y decía que teniendo toda la evidencia histórica que uno pueda pedir, no se podía aceptar porque al hacerlo se acepta la existencia de Dios, por lo que había que negarlo. No importa la evidencia. Como dicen los americanos con una frase irónica, “yo ya tengo mis ideas, no me confunda usted con hechos”.

